

8 Análisis

Esclavos de nuestros días

La esclavitud no es una fatalidad, sino una monstruosa injusticia ante la que es legítimo rebelarse por todos los medios. Quienes nada tienen que perder más que las cadenas actúan en justicia al rebelarse, porque el derecho a matar al tirano se convierte en deber cuando quienes padecen son los más débiles. Es legítima defensa. Castelar los animó: “¡Levantaos, esclavos, porque tenéis patria!” No sólo la territorial, sino la de la fraternidad universal.

Existen más 270 millones de personas que sobreviven en situaciones de esclavitud. En un mundo interrelacionado somos responsables de todo cuanto se hace en el planeta.

Estudios de la Unión Europea sostienen que millones de personas padecen formas de trabajo y de prostitución forzados. También la servidumbre por deudas y la explotación infantil que afecta a cerca de trescientos millones de niños.

Los esclavos de hoy pueden ser inmigrantes que trabajan de sol a sol en viveros de agricultura intensiva en Europa o en Estados Unidos, obreros de la construcción a destajo y sin derechos reconocidos, así como tejedores de alfombras o de prendas deportivas en Asia para las grandes transnacionales. Los esclavos de nuestros días padecen tratos brutales en ambientes más estresantes que los de la antigüedad, porque estos no sabían que eran sujetos de derechos.

La esclavitud fue definida, en 1926, por la Convención contra la Esclavitud, como “el estatus o condición de una persona sobre la cual se ejercen algunos de los poderes asociados al derecho de propiedad”. Así se ampliaba el ámbito de la esclavitud, reconociendo otras formas similares.

Hay diversos mecanismos de sometimiento a la servidumbre. Uno es el laboral, del cual participan los niños forzados a trabajar en textiles de India, en minas del Congo o fabricando aceite en Filipinas, o las mujeres de las fábricas de Vietnam, los emigrantes birmanos en Tailandia y los haitianos forzados a cortar caña en República Dominicana, los esclavos en las plantaciones de bananas en Honduras y los subcontratados por fábricas de calzado y prendas



deportivas en Camboya.

La esclavitud sexual es otra forma de sometimiento aberrante. A las redes de explotación sexual que afectan a mujeres, a niños y a emigrantes, hay que añadir formas de matrimonio forzado que entrañan la esclavitud de las mujeres. A pesar de que la Convención de la Esclavitud (1956) prohíbe “cualquier práctica o institución en la que la mujer, sin el derecho de renunciar, es entregada en matrimonio a cambio de una compensación económica o en especie a su familia”, todavía permanecen vigentes en muchos lugares acuerdos de matrimonios con contraprestación económica. También algunos inmigrantes avecinados en Europa tratan de imponerlos, en nombre de tradiciones que no son admisibles en

los países de la Unión Europea que ellos eligieron en busca de otro nivel de vida. Si no respetan las normas que nos han permitido alcanzar estos modelos de bienestar, lo adecuado es que se vuelvan a sus lugares de origen.

En algunas zonas rurales, las deudas familiares se saldan con la entrega de niños como “servidores de por vida”. Es conocido en los países receptores de inmigrantes el terrible endeudamiento de quienes llegan sin papeles y caen en manos de mafias criminales que los explotan bajo amenaza de vengarse en sus familias.

Hay que considerar como forma de esclavitud lo que sucede con los niños reclutados a la fuerza por los ejércitos de Sudán, de Somalia, Liberia, Zaire o Sierra Leona. En Latinoamérica hay

Ni los medios ni los fines

Mientras llegaba el tercer preso de Guantánamo a España por “razones humanitarias”, delegados de más de sesenta países y el presidente afgano, Hamid Karzai, se reunían en Kabul para decidir sobre el futuro de Afganistán. El Gobierno afgano asumirá la responsabilidad de la seguridad en 2014. Pero el Secretario General de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, matizó que la retirada total se daría de forma gradual y que obedecería a ciertas condiciones, no a calendarios fijos. Dejaba así una puerta abierta para mantener tropas ante un posible recrudecimiento de la violencia entre las tropas internacionales y los talibanes, que el año pasado se cobró más vidas de civiles afganos y de tropas extranjeras que los años anteriores.

A pesar de la oposición internacional, el presidente Karzai pretende integrar en la sociedad a los talibanes “menos radicalizados”. La secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, asegura que no habrá pacto con los talibanes a costa de los derechos de las mujeres.

Con este tipo de declaraciones *buenistas*, Estados Unidos se desprende de su responsabilidad por el florecimiento extremista en Afganistán y en Oriente Medio. La CIA y el Departamento de Estado armaron y entrenaron a los talibanes para sembrar el caos y expulsar a los soviéticos a finales de los años '80. Este hecho pudo resultar determinante en el desmoronamiento de la URSS por la desmoralización de las tropas y por el gasto militar excesivo que dejó al Estado soviético en la ruina. Los talibanes habrían ayudado a forjar el

supuesto *fin de la historia* y el mundo unipolar que Estados Unidos creyó encabezar durante los años de la era Bush.

Aún se utiliza la palabra “insurgente” para hablar de los talibanes. Si estuvieran levantados o sublevados, sería contra unos ejércitos ocupantes y contra un gobierno títere y corrupto que no reconocen como legítimo. La ideología extremista de los talibanes no surgió de repente tras la expulsión de los soviéticos. Tras una larga guerra contra la URSS que dejó caos y destrucción, Estados Unidos se retiró sin comprometer un dólar más para la reconstrucción. Basada en hechos reales y con Tom Hanks como protagonista, *La guerra de Charlie Wilson* señala esa falta de compromiso como la semilla del odio talibán contra el “Satanás” norteamericano.

Otras quejas de los delegados internacionales en Kabul se han centrado en la corrupción de las altas esferas del gobierno afgano, como si Hamid Karzai y su gobierno hubieran sido aclamados por el pueblo afgano desde el principio por sus principios éticos y no impuesto como cabeza de un gobierno títere. Esta actitud explica que, hasta ahora, el gobierno sólo gestionara el 20% de los 30.000 millones de dólares enviados a Afganistán como ayuda internacional desde la invasión el 2001.

El gobierno gestionará ahora el 50%, pero Estados Unidos “exige” que se invierta en proyectos de desarrollo. Las fuerzas ocupantes le exigen a un gobierno títere y poco representativo lo que ellas no han sido capaces de hacer. Millones de afganos

miles de adultos coaccionados para alistarse en ejércitos regulares, en guerrillas o grupos paramilitares.

La raíz de la actual esclavitud está en la pobreza absoluta de zonas cada vez más amplias del planeta y en la explotación sistemática que de los más débiles practican compañías transnacionales que no respetan fronteras, ni reconocen ley ni más orden que sus beneficios económicos.

“Cuando reflexionemos sobre nuestro siglo XX, no nos parecerán lo más grave los crímenes de los malvados, sino el escandaloso silencio de las buenas personas”, escribió Luther King.

Es preciso denunciar lo que genera estas nuevas formas de esclavitud: Los esclavos de hoy son producto de la guerra, de los criminales negocios de armas y del narcotráfico, así como de la demencial competitividad de los mercados. Es el resultado de un ultraliberalismo que confunde valor con precio y que considera a los seres humanos como mercancías y a las riquezas de la tierra como recursos explotables.

Ante esta situación explosiva, los nuevos imperialismos demonizan toda protesta o alzamiento como actos terroristas. Los excluidos de hoy se alzarán y tomarán por la fuerza lo que se les niega en justicia. Es la ley de la vida en un mundo de gobernantes cegados en su desolada tristeza.

José Carlos García Fajardo

Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Director del CCS

fajardoccs@solidarios.org.es

siguen en la pobreza, con un 72% de analfabetismo, crecientes problemas de adicción al opio y 35% de desempleo, a pesar de las tasas de crecimiento económico del 10% anual en los últimos años.

La mayor parte de dinero se ha destinado a la construcción de carreteras y de infraestructuras sin que se hubieran garantizado primero derechos fundamentales del pueblo afgano: educación, alimentación adecuada y servicios públicos. También se ha destinado a incrementar la seguridad, como si ésta se pudiera imponer con incrementos en los contingentes militares y la contratación de empresas militares privadas. Una auténtica seguridad sólo puede resultar de un estado general de bienestar de una población que ve reconocidos derechos que le corresponden.

No sólo las “ayudas humanitarias” han creado dependencia. La violencia que talibanes y fuerzas ocupantes desencadenan han creado una situación de dependencia que beneficia a empresas militares privadas y de construcción. Un alto porcentaje del pueblo afgano rechaza su presencia, pero una retirada abrupta podría dejar al país en una situación de violencia recrudecida por una guerra civil. Queda una sensación de oportunidad perdida después de ocho años de invasión, justificados con la excusa de una democracia inexistente y de una fracasada lucha contra el terrorismo extremista.

Carlos Miguélez Monroy

Periodista y Coordinador del CCS
ccs@solidarios.org.es

La Semana

Fundado en 1978

Editor:

Pedro Nicolás Cuenca

Reporteros:

Chariot Mancero

Carlos Solís

Luis Bravo

Pedro Nicolás Cuenca

Corrector:

Rosario Mancero

Diseñador:

Raúl Castro

Ventas:

Wilson Peña 617 953 5967

Chariot Mancero 978 390 4278

Pedro N. Cuenca

Dirección Postal:

903 Albany St.

Boston MA 02119

Tels: 617 541 2222

Fax 617 427 6227

wcea2000@aol.com

www.lasemanawceatv.com